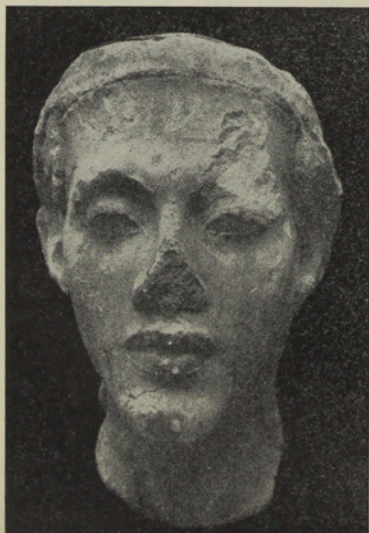


ECHNATON Y SU REFORMA RELIGIOSA

por el Dr. HELLMUT BRUNNER
De la Universidad de Tübingen

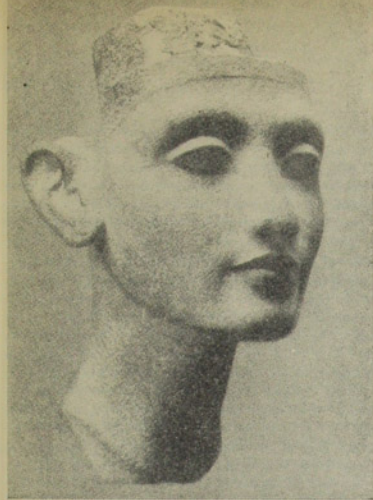
Cabeza de Echnaton del taller de palacio (hacia el año 1350 antes de J. C.). La mirada vuelta a lo interior en el semblante espiritualizado, le ha valido al retrato el nombre de "el vidente".



Por el año 1350 antes de J. C. reinó en Egipto durante 17 años un faraón que llegó a adquirir una significación conmovedora no sólo para su patria, sino para la historia del espíritu humano. No fue un héroe de las batallas, ni un conquistador, todo lo contrario: jamás empuñó un arma ni cruzó las fronteras de su país. Tampoco en el campo de la política interna descolgó Echnaton. De sus actos ha quedado un reflejo en la esfera de la religión y del arte y en su acción religiosa y en sus huellas concentraremos hoy nuestra atención. Al hacerlo así deberemos por lo pronto exponer la fluencia exterior de los acontecimientos, después la doctrina religiosa del monarca, y finalmente habremos de considerar la diferencia que deberá establecerse entre la valorización del juicio de los contemporáneos y el nuestro. A esto último, si se tiene en cuenta el luengo lapso que nos separa de lo acontecido y que en la tradición ha dejado grandes lagunas, deberá procederse con suprema cautela. Pero en vista de la trascendencia de los criterios en cuestión, debe aventurarse, sin embargo.

Hacia el año 1361 antes de J. C. fue coronado rey Amenophis IV. Como hijo único de la real pareja Amenophis III y Tejes, no encontró obstáculos en su ascensión al trono. Para juzgar rectamente el desarrollo del joven príncipe será oportuno evocar la situación del mundo en aquella época y la atmósfera de la corte palaciega en que se formó.

Por entonces se arrogaba Egipto una posición de universal predominio y ello con sólido fundamento al parecer. Era uno de aquellos instantes en que un gran pueblo dominador puede hacerse la ilusión de que se ha parado el bordonero de la historia, de que el estado de cosas va a durar indefinidamente, de que va a ser eterno su predominio. Este error se ha pagado siempre cruelmente. Opulentas arras enviaban a Egipto los reyes de Babilonia y Chatti, los monarcas de Creta y Mitanni, para comprarse paz y benevolencia. Palestina y Siria estaban igualmente subyugadas, ocupadas militarmente y pagaban tributo, así como Libia y Nubia hasta la tercera catarata. En ninguna parte se advertía ni siquiera el barrunto de un cambio en aquel esplendor. Una riqueza inconcebible aflúa al valle del Nilo: oro y otros metales, dádivas de los pueblos tributarios en ganado y trigo, y sobre todo esclavos, generalmente llevados por trata a Egipto para aliviar los apremios de trabajo y alimentos, comunes por lo demás en el valle del Nilo. En la capital, singularmente, imperaba el lujo. La mayoría de las familias llevaba una existencia confortable. El ánimo vital era de pulsación delicada, el idilio erótico se trasuntaba en la armonía de los cantos de amor, se revelaba un refinamiento sensible, un poco rococó, cultivado en los salones, en la fascinada actitud hacia



La reina Nefretete, esposa de Echnaton (arenisca ocre con algo de color) Berlín

los animales, hacia los animalitos jóvenes especialmente, hacia las aves y las mariposas.

El sedimento religioso de este ánimo se revela en himnos a la bondad de Dios compuestos con gran destreza artística, en cánticos a la misericordiosa postridad que cuida de todas las criaturas. En aquella época abierta al mundo la propia idea de Dios manifiesta rasgos cosmopolitas: "Tú que creaste a los hombres, tú que diferenciaste sus especies y los mantienes vivos, tú que variaste los colores de la tez, distinguiéndolos unos de otros, tú que escuchas las plegarias del pecador y te inclinas, amigo, cuando se te llama, tú que al humilde salvas del violento, tú que sales por el derecho de los pobres y míseros..." El Dios así invocado es casi siempre Amun, deidad del espíritu y el aire que a todo infunde su aliento y está en todas partes.

Volvamos nuestra atención a los padres del joven príncipe heredero. Amenophis III, monarca ilustrado y exento de prejuicios, se beneficiaba de las milenarias ideas de la monarquía divina, se beneficiaba de venerables y santificadas formas para mantener y consolidar su posición, aunque personalmente se sintiera muy poco ligado a tradicionales deberes. No alcanza nuestro atisbo a su intimidad secreta, pero las imágenes que han llegado a nosotros evidencian una contradicción desconocida en otras estatuas de faraones. Por un lado diríase un monarca inasequible en su trono de majestad, por otro un páchá poltrón y dado a la buena vida, señor duro y enérgico, con descacidos rasgos, senilmente marchitos. Como si el semblante oficial y el

íntimo se contradijeran en un mismo retrato. Contra todos los mandatos de la tradición se casó con una muchacha sencilla, que elevó al rango de esposa principal, proclamando a los cuatro vientos esta irregular unión. Teje debe haber sido una mujer extraordinaria, inteligente y original, obstinada y de firme carácter. Incluso reyes y diplomáticos extranjeros no dejan de dirigirse a ella sus cartas, o a ella y al monarca conjuntamente por lo menos. ¡De ninguna otra reina egipcia se sabe nada parecido!

En este medio privilegiado, bien abroquelado por la riqueza contra los apremios y angustias de la vida, sostenido por tradiciones cuya vacuidad creyó desentrañar muy pronto, creció el hijo de semejantes padres. El juego del monarca tuvo que parecerle ambiguo, insincero. Lo observaba todo con la perspicacia materna. De mozo le faltaba aún sabiduría, pero la rigurosidad de su carácter diríase que la percibimos ya en los rasgos de su madre. Debemos imaginar al joven príncipe heredero como un mancebo delicado, reacio a la práctica del deporte bélico, que, a su edad, habían cultivado con pasión sus antepasados, entregado sólo a sus pensamientos sobre el misterio de Dios, discípulo negligente en las lecciones de política, sin compañeros de juventud, solitario por afición, ávido lector de viejos manuscritos religiosos y abismado en sus propias meditaciones... una especie de Hamlet, al que el destino, ciertamente, había señalado ruta muy distinta a la del príncipe de Dinamarca.

Apenas en el trono, se desbordó lo que en la intimidad del joven príncipe se había ido acumulando. Cuando fue coronado es posible que su padre viviera aún. Pero seguro que se encontraba incapacitado para gobernar, minado por la apoplejía probablemente. El joven monarca, que inicia su reinado bajo el nombre de Amenophis IV, lleva a la realidad en el acto su designio de favorecer unilateralmente las deidades solares, el culto y los templos del Sol. Las grandes familias del país, en cuyas manos estaba la administración, el ejército y los templos, oponen resistencia. Esta actitud no hace reflexionar al joven faraón, todo lo contrario: con la obstinación de la madre, adopta medidas más radicales cada día. Manda cerrar los templos de las deidades, antes que ninguno el templo del tradicionalmente veneradísimo dios Amun en Tebas, del dios nacional bajo cuyo signo habían conquistado el imperio universal sus antepasados, pero también los templos de todos los demás dioses, excepto el de su propio dios Aton, al que nos referiremos con pormenor más adelante. Persigue a Amun y hace borrar su nombre incluso del suyo propio, cambiando Amenophis ("Amun es suplicio") por Echnaton ("es grato —o útil— a Aton"); envía tropas que deben rebuscar hasta la última huella del nombre odiado en todos los viejos monumentos del

país para borrarla a golpe de cincel. Altos obeliscos fueron cubiertos de andamios, se abrieron tumbas seculares, se humeó en los muros de todos los templos, hasta las viejas actas diplomáticas con las cartas en caracteres cuneiformes de los Estados del Asia anterior se revolieron a la búsqueda de imágenes de Amun o de textos en que apareciera su nombre con el fin de borrarlo, lo que se hizo tan concienzudamente que en ello ven los arqueólogos de hoy señal casi segura para datar. Un monumento con el nombre de Amun intacto tiene que pertenecer a una época posterior.

Si a ello le impulsó la proximidad del anciano padre, la acusación por el templo de Amun cerrado o el mudo reproche de la población tebaná que en silencio seguía venerando a Amun, no lo sabemos. El hecho es que en su cuarto año de reinado decide Echnaton abandonar la ciudad de sus antepasados y construir nueva morada real en tierra virgen "que no haya pertenecido a ningún dios y a ninguna diosa". Y dos años después se traslada a "Achet-Aton", el "Sitio de luz de Aton", que al cabo de tres milenios adquirirá celebridad universal bajo el nombre de "Amarna".

Allá le acompañó su familia, en primer término su esposa Nefretete, probablemente su consanguínea, así como las hijas que de ella había tenido, que fueron seis, sin que le naciera un hijo varón. Le acompañaron también Eje, su viejo preceptor, y la esposa de éste, Teje. Por lo demás no encontramos en Amarna a ninguno de los funcionarios cuyos nombres conocemos de los días de esplendor del faraón, su padre, en Tebas. Muchas tumbas de estas grandes familias tebanas han aparecido inconclusas, destruidas en algunos casos, señal inequívoca de que haber caído en desgracia bajo este fanático monarca trajo consigo tremendas expiaciones. ¿La tumba destruida significaba la pérdida de la salvación eterna para la fe de los egipcios! También Teje, la madre, permaneció por lo pronto en Tebas, pero visitó la nueva corte después de la muerte de su esposo, en el décimo año del reinado de Echnaton. Se apartó de allí, no obstante, para pasar los años últimos de su viudez en Fajjum.

Sólo de advenedizos estaba rodeado Echnaton. En las inscripciones no se cansan de jurar que al monarca y sólo a él deben cuanto son y significan: "Yo era nadie, hijo de nadie. Pero escuché con pasión las doctrinas de Su Majestad y él me elevó". Testimonios así nos han legado estas criaturas de Echnaton, cuyos vulgares rostros han conservado las reproducciones en yeso. Para policías se recurría de preferencia a extranjeros, de los que parece que el Rey se fiaba más que de sus compatriotas.

Así transcurren los años en la nueva e idílica capital. El monarca nada hace por detener la decadencia del Imperio. No presta atención a las humanamente conmovedoras y cada día más apremiantes demandas de

auxilios de los últimos vasallos fieles que en Asia le quedan: en sus cartas aseguran que con un puñado de soldados podrían conservarse países y ciudades para Egipto. El Rey no escucha, no contesta. Y tierras y ciudades pasan a manos del gran enemigo del Norte, el Imperio Mitani. Al faraón le absorbe totalmente su nueva teología.

Hacia el final de la época Amarna, transcurridos aproximadamente quince años de su reinado, se descendiende también Echnaton de su esposa Nefretete, que se traslada a un palacio distante, en el norte de la ciudad. Se borra la huella de sus efígies y recuerdos. Fallecida, célibe, su primogénita, Echnaton nombra corregente a Semenchkare, esposo de su hija segunda, a quien envía a Tebas, presumiblemente para iniciar tanteos de reconciliación con los tan gravemente ofendidos círculos de la alta burocracia y el templo de Amun. Semenchkare muere en Tebas y por entonces desaparecen Echnaton y Nefretete. Se desconoce la suerte que les deparó el destino. No fueron sepultados en la tumba para ellos preparada. Pasa el trono al segundo yerno del monarca, Tut-anch-Aton, que al ocurrir la catástrofe tendría unos 10 años. Algunos después vuelve a establecer en Tebas la corte, cambia su nombre por Tut-anch-Amun y restaura los viejos cultos. El mismo proceso de Echnaton para romper con el pasado lo repite Tut-anch-Amun a la inversa. Pero sólo bajo el enérgico guerrero Haremhab, que con los derechos del fuerte en tiempos de penuria y crisis se ciñe a sí mismo la corona, queda la "época Amarna" totalmente liquidada. El nuevo monarca destruye sistemáticamente todo recuerdo del episodio, hace demoler las casas de la capital hereje, sus templos son arrasados hasta los fundamentos y es ordenada su evacuación, con tal premura, que los animales fueron abandonados en sus establos y jaulas, donde en el curso de las excavaciones arqueológicas han sido encontrados sus esqueletos en los mismo lugares donde perecieron de hambre hace 3.300 años.

¿Cuál era el nuevo dios por Echnaton venerado, en aras del que trastrocó la nación entera, persiguió seres humanos, rompió con la tradición y perdió un imperio universal? Aton es su nombre y es representado por el disco solar con rayos múltiples que terminan en manos. Mas, para mejor comprensión, anticipemos unas palabras sobre el politeísmo egipcio. Sólo comprendiéndolo podremos comprender y valorizar el designio de Echnaton.

En todos los tiempos había sido evidente para los egipcios —para los dados a la reflexión por lo menos— que tras la infinita opulencia del mundo y sus fenómenos ha de encontrarse un creador y conservador único, con una voluntad única. Siempre poseyeron, sin embargo, numerosos dioses y numerosos nom-

bres de dioses, en cantidad realmente ilimitada. ¿Cómo se explica esto?

El diario vivir ofrece al hombre infinitas impresiones de su contorno en forma de seres humanos, de situaciones o de fenómenos naturales. Quien esté dotado de sensibilidad religiosa sentirá aquí el roce de la mano de Dios, salvadora o punitiva, amorosa o severa, poderosísima siempre y al cabo inconcebible. Esta vivencia trae aparejados contactos e impresiones de toda índole: es poligenética.

Si se esfuerza el hombre en elaborar estas impresiones alcanzará más hondos conocimientos. Tras la diversidad intuirá una unidad o se esforzará en intuir la; obedeciendo a un primario impulso humano, intentará ordenar el mundo, incluso sus mil experiencias y conocimientos religiosos querrá comprenderlos ordenados bajo un denominador o unos pocos. Es el camino que lleva al pensamiento religioso —el del teólogo o el del lego— a la unidad de Dios. Ciertamente durante este trayecto —recorrido una y otra vez en el mundo y siempre de nuevo— el concepto "Dios" es vaciado, es decantado en la medida en que su extensión aumenta. Con ello a su vez el vínculo entre hombre y Dios, tal como por lo pronto se estableció en la vivencia primaria, va dilatándose y adelgazándose.

Ahora bien, entre estos dos polos oscila la fe. Uno de ellos es el de la vivencia inmediata, en la que la deidad es para el hombre un tú con el que puede entrar en coloquio. El otro polo es una idea espiritual lograda por abstracción cognitiva. En ambos polos acecha un riesgo para quien se aproxima a ellos demasiado. Por un lado el del antropomorfismo, es decir, las formas de la deidad a propia imagen y semejanza. La falta de distancia debilita el imperativo y substituye el requerimiento por la verificación de carácter familiar. Por el otro lado se llega a una pálida imagen de Dios fruto del pensamiento, a la que sólo unidad se atribuye, a representaciones de algo "completamente distinto", inasequible totalmente en la plegaria y apenas asequible en el culto.

¿Hará falta decir que al primero de estos dos polos se inclina el politeísmo y al segundo el monoteísmo? En su alto florecimiento religioso los egipcios supieron mantenerse apartados de ambos peligros. "Dios es uno, pero se manifiesta en muchas formas. Venérale en todas ellas sin sobre ellas preguntar demasiado", ha dicho su doctrina. Esta doctrina y los estudios teológicos de los antiguos egipcios nos hablan, en todas las épocas, de "Dios", sin darle un nombre, mientras en el culto y en la oración se dirigen siempre a un dios determinado, que es la forma en que el "Único" se manifiesta en determinada situación vital. Incluso el hombre de pensamiento, que acaso entonó un himno al "Único" y su omnipotencia, está pronto, en segui-



Echnaton y Nefretete: la reina ofrece a su esposo una flor (relieve en yeso policromado)

da, si la situación lo pide, de cara a la muerte, por ejemplo, a dirigir su plegaria a Osiris, el dios que tomó sobre sí el dolor primario de los hombres, que murió y superó así la muerte. La oscilación entre ambos polos es lo propio de la religión clásica egipcia. En el período que precede a Echnaton se observa en los textos una acentuada inclinación al monoteísmo, o más exacto, al henoteísmo, como llamamos a un tipo de religión en el cual pasan a prelación de primer término éste o el otro dios alternativamente, mas al fin queda situado, fijado, otorgándosele el predicado de supremo, incluso de "el Único". Al cabo "el hombre no ha de habérselas nunca con una divina sociedad, sino, exclusivamente y siempre, con poder, voluntad y forma, tal como, en un instante determinado, se hacen visibles con actualidad y apremio" (van der Leeuw).

Acaso el roce y la presión del contacto inmediato cedan en tiempos de lujo y bienestar, predominando en estos períodos el aspecto del pensamiento en la religión. En todo caso, en la época en que el esplendor del Imperio egipcio culmina, es decir, en los cien años que preceden a Echnaton, leemos himnos como este:

*Tú eres el Único, creador de cuanto es,
el Único, que solo estaba cuando formó todos los seres,
que hombres y dioses alumbró,
que dio forma a la hierba para los rebaños
y al árbol de la vida para el hombre;
el que hace surtir lo que a los peces nutre en la marea
y a los pájaros en el viento
y en el huevo mete aire para que el polluelo viva
y da alimento a la serpiente,*

y da alimento a los mosquitos
y también a pulgas y gusanos,
que abastecen a los ratones en sus agujeros
y alimenta a las aves en las ramas del árbol.
Salve, creador de todo esto,
único y solo, multibrazado,
el que en la noche vigila mientras el mundo entero
[duerme,
buscando lo perfecto para su grey.

En este caso es Amun, el dios del sol y espíritu que lo anima todo, el invocado. Pero además de cánticos como éste nos encontramos con plegarias a manifestaciones de la divinidad a las que se da un nombre, especialmente a Osiris, el dios de los muertos. Estas yuxtaposiciones le parecieron a Echnaton falsas, engañosa tradición: sólo era verdadero el espíritu que iluminó su juventud.

Descuidando, incluso combatiendo todas las representaciones de la presencia de Dios en templos y estatuas, persiguiendo todas las manifestaciones de Dios bajo otros nombres, se desplaza, con audacia inaudita, sobre el otro polo, donde se yergue el "Uno y Único". Su Dios no es el disco solar visible, sino el Dios único que todo lo crea y conserva con amor y al que el disco solar sirve de símbolo.

Es éste un aspecto de su reforma. Sería una simplificación barata y efectista si pretendiéramos que "desmitologiza" al proceder así. No sólo abate mitos, sino que arrambla, sencillamente, con su enmarañada opulencia. Abrevia con un Dios único. Y este Dios es su Dios, el solo Dios que conoce, no se cansa de repetirlo. Y el único de quien recibe personales revelaciones.

En la época clásica de Egipto es Dios potestad que puede amenazar, pero auxiliar también. Dios tiene dos rostros: puede desatar su justa cólera, y puede, dulce y benéfico, traer alivio. Puede revelarse por virtud de la gracia y mantenerse recóndito y dejar solos a los hombres. También los flancos sombríos de la vida, enfermedad, muerte, pobreza, guerra, tienen su Dios, pues de él proceden. Vale esto sobre todo para la muerte, que los egipcios, con su propia y honda manera, han insertado en su concepción de Dios. Las deidades de Egipto no son personificaciones éticas: son fuerza y justicia y gracia. Ahora bien, ante la opulencia incalculable de las vivencias esto presupone una multiplicidad de dioses.

El Dios único de Echnaton sólo es bueno. En la sociedad y en la naturaleza se manifiesta su amor. Veamos algunos versos del gran himno de Aton, muy probablemente compuesto por el Rey mismo:

*Eres belleza radiante contra el cielo,
tú, Aton vivo, desde el comienzo primero, vivo.
Cuando tramontas por los horizontes del oriente,
colmas las tierras con tu perfección.*

*Eres claro, eres grande, alto y brillante sobre todo el
[suelo,
tus rayos abrazan todas las comarcas
hasta el confin de cuanto has creado.
Si eres remoto, al polvo llegan tus rayos.
Cuando te pones por el occidente
la tierra se oscurece, como si estuviese muerta.
Cubierta la cabeza, duermen los hombres en sus cá-
[maras,*

*ningún ojo ve otro ojo.
Si les despojaran de su hacienda, bajo su cabeza misma,
no lo advertirían siquiera.
Todos los leones salen de sus guaridas, todas las ser-
[pientes muerden.*

*Fría es la tiniebla, la tierra está silente,
que se entregó al reposo quien la creó.
La tierra es toda claridad cuando surges sobre el hori-
[zonte.*

*Si como Aton alumbras con el día, la tiniebla huye.
Los hombres despiertan, pisan con sus pies,
por ti erguidos.
Lavan sus miembros, se ponen sus vestidos,
sus brazos se doblan en plegaria porque tú alumbras,
[radiante,*

*y acuden a su trabajo por toda la tierra.
Los ganados disfrutan del forraje,
árboles y hierbas reverdecen,
los pájaros revolotean en sus nidos.
sus alas se elevan en adoración ante tu espíritu.
Brincan los corderos,
se agitan las aves y cuanto vuela: viven,
pues has surgido para ellas.*

*Saltan ante ti los peces en las ondas
y tus rayos entran en la hondura del mar.
¿Qué diversidad y opulencia hay en tus obras!
Recónditas están, Dios único,
sin par y sin igual.*

*Tú has creado el mundo por tu voluntad, tú sólo y
[sólo tú,
con seres humanos lo creaste, con animales grandes y
[pequeños.*

*En las tierras de Siria y Nubia y en la tierra de Egipto
pusiste a cada uno en su lugar.*

*Creas cuanto necesitan
y todos tienen su alimento.
Se diferencian lenguas y fisonomías,
pues los colores de la tez son distintos.
¿Hiciste distintos a los pueblos!
¿Estés en mi corazón!
Nadie hubo que te conociera,
sólo tú hijo Echnaton.*

Aquí es la naturaleza una fuente de conocimiento en lo que se refiere al carácter del Dios único. La época

egipcia clásica manifiesta severidad y sobriedad frente a la naturaleza, toda respecto ante las criaturas de Dios, pero sin sentimiento, atribuyendo a cada criatura su lugar en la creación. Sólo en los salones, poco antes de Echnaton, se observa la tendencia sentimental. El hecho de que Dios conserve también a los animales adquiere el valor de un descubrimiento conmovedor. No es el poder de Dios, ni su recóndita voluntad lo que preocupa a estas damas y a estos caballeros, sino el hecho conmovedor de que Dios permita que también el polluelo viva en el huevo. Bien guardados y abroquelados ellos mismos por el destino, sólo ven el amante desvelo del Señor de la creación hacia sus criaturas y lo interpretan como señal de la unidad del mundo y de su Dios. Es la línea que continúa Echnaton. Pues es el centro lo que le preocupa. En el ámbito mencionado adopta Echnaton una posición singular, pues no se refiere a las manifestaciones del numen, que incluso combate, ni es, a su vez, el caviloso: es el orante. Pretende, nada menos, que, en forma inmediata, directa, acercarse a Dios. En el culto y en la oración aspira al centro, que interpreta, por la naturaleza, como benevolente. Quiere entrar en posesión del centro no sólo para el espíritu pensante, sino para la existencia misma. Por eso las figuras de los dioses son para él superfluas, incluso constituyen un obstáculo: deben ser eliminadas como demonios.

Sus asertos sobre este Dios se basan en su sentimiento de la naturaleza, o el de sus padres. El Dios de Echnaton es sólo amante y bondadoso... Respecto de los dioses clásicos, ha "suprimido" sus esferas de poder: cólera, fuerza, amenaza, y también la enfermedad, la muerte y su superación. ¿En qué relación se sitúa, entonces, su Dios de bondad respecto de estas zonas oscuras de la vida? Lo hemos oído en el himno al sol: la noche está vacía de Dios y para el dolor no tiene otra explicación que la lejanía de Dios justamente. El hombre Echnaton se señaló una meta temeraria y quiso alcanzarla con fervor: llegar a Dios no sólo con el pensamiento, sino en la vivencia religiosa, y la naturaleza le sirve aquí de fuente de conocimiento ligeramente caprichosa, sentimental y éticamente matizada.

No hay muchos pensamientos en Echnaton que alguna vez no hayan sido pensados por las generaciones que le precedieron. Y, sin embargo, de todo ello surge con él algo nuevo totalmente en la exclusividad con que quiere que sea venerado su Dios. Pero entenderemos esto mejor dejando hablar a los propios egipcios. Al cerrar Echnaton los templos lesiona la libertad de religión, pero lo decisivo para los egipcios fue otra cosa: la merma que sufrió el poder de Dios, de los dioses, en la tierra: "Desde Elephantine hasta las ciénagas del Delta se había apoderado la ruina de los templos de los dioses, sus capillas eran escombros, eran yermo cubierto de maleza, sus pórticos eran como si nunca

hubieran sido, sus aposentos hollados caminos. El país clamaba en pena, los dioses se habían apartado de Egipto. Cuando se impetraba a un dios, no venía, cuando se invocaba a una diosa, no escuchaba. Estaban cansados de sus cuerpos (se alude a las imágenes del culto), querían destruir lo creado".

Echnaton no resolvió la gran tarea que se le plantea a todo monoteísmo, la de "conquistar la opulencia del mundo" (Guardini), mientras para el politeísmo egipcio no ofrecía ninguna dificultad. No logró establecer una relación plausible entre su Dios y las zonas oscuras de la vida, la muerte sobre todo y su superación. Merece gran respeto, sin embargo, su intento de encerrar el polo del único, del Dios espiritual, no sólo con el pensamiento. Sin conocimiento de lo realizado en Amarna por un hombre solitario, 1500 años más tarde llegaría en esto a un florecimiento espléndido una religión de más profundo fundamento, ciertamente, aunque, ciertamente también, el problema del mal en el mundo le ocasionara grandes dificultades. Sobre Echnaton ha dicho, sabiamente, Thomas Mann: "Cabalmente estaba en el camino, pero no era para este camino".

EL FARAON DE MODA

por VÍCTOR AUBURTIN

Hace tres mil años vivía en Egipto un rey que se llamaba Amenofis y que tenía la costumbre de filosofar sobre todas las cosas, lo que en los reyes suele ser una costumbre peligrosísima. Así se dio a pensar sobre los dioses de su país, sobre Anubis, con la cabeza de chacal, y sobre la diosa Hathor, con sus cuernos de vaca. Y decidió suprimir semejantes dioses. Organizó una reforma en todo el país y erigió el gran templo en que había de adorarse al dios único: el Sol.

Pero los curas de la vieja religión de los creyentes se unieron para defender la verdadera fe y el sueldo mensual: hubo una guerra entre el Sol y los dioses chacales, en la que, naturalmente, ganaron estos últimos; se derrumbó el gran templo y el rey Amenofis hundió-

(1) N. de la R. Como ágil estrambote al precedente trabajo sobre Echnaton, reproducimos la glosa del punzante humorista alemán escrita por los días en que eran tema de actualidad los hallazgos arqueológicos de Tell el Amarna.